

EL CATÓLICO.

PERIÓDICO RELIGIOSO, CIENTÍFICO, LITERARIO Y DE VARIEDADES.

REPÚBLICA DEL SALVADOR EN CENTRO-AMÉRICA.

AÑO IX T. IX

San Salvador, Domingo 3 de Marzo de 1889

S. XXXII—N. 373

REDACTOR Y EDITOR RESPONSABLE

José Antonio Aguilar.

AGENTE GENERAL

Federico Prado.

LOS PRINCIPIOS DEL 1789.

DISCURSO

PRONUNCIADO EN EL CONGRESO DE LOS JURISCONSULTOS
CATÓLICOS EN MONTPELLIER.

Monseñor, Señores:

Los pueblos conquistadores, con la espada ó con el pensamiento, tienen en su vida fechas que pasan á ser épocas en la historia del mundo.

La Francia es uno de esos pueblos; el 89 una de esas fechas.

Entre las obras y las concepciones del hombre, ninguna tiene talvez la magnitud de la que vió nacer aquel año fatídico; y si alguna cosa sobrepuja á esa magnitud, es la extraordinaria mezcla de bien y de mal que la caracteriza.

El 89, ya opuesto como contraste al 93, ya denunciado como su precursor; ya aclamado por las escuelas más diversas, aún por católicos, aurora de una gran luz, ya maldecido como el viento de tinieblas, siempre embrollado de una manera engañosa en cuestiones de forma política y social, el 89, después de mil debates sobre su naturaleza y su alcance, á pesar de las cuatro sílabas de la palabra revolución que frecuentemente lo designa, tiene por verdadero nombre: *misterio*.

Se vería uno tentado á decirle: Fastasma! tú quién eres? si por una parte el instinto de su razón natural no advirtiese á la Francia que, desde esa hora, al través de progresos verdaderos, ella viola alguna ley fundamental de la vida; si, por otra parte y de mayor altura, la voz infalible del Sucesor de Pedro no hubiese estigmatizado los "*errores modernos*"

Vosotros también, señores jurisconsultos del derecho humano, fiel á la eterna justicia, habeis querido, á la luz de la razón que habeis recibido de Dios, dirigiros directamente al fantasma, quitarle sus adornos, arrancarle la máscara, interrogar su voz, sondear su corazón, descubrir en fin la palabra del enigma, para entregarlo á todos los vientos del cielo. ¡Honor á este acto de perspicacia y de valor!

Vosotros habeis escogido muy bien la hora, el teatro, los maestros de este estudio, yo iba á decir: de esta disección moral.

La hora, es la en que los enemigos de Dios, duenos oficiales de los destinos franceses, van á celebrar su centenario en presencia del mundo civilizado, dividido en dos campos cuya simpatía ú hostilidad están ya decretadas.

El teatro, es la ciudad ilustre por el brillo de su es-

piritualismo hasta en los misteriosos organismos de los cuerpos vivientes.

Los maestros? Vos, Monseñor, Obispo de Montpellier, en quien no sé qué admirar más, si el encanto de la persona en quien el espíritu y el corazón se disputan siempre la palma, sin dejar de vivir en perfecta armonia; ó la nobleza de carácter, testimonio vivo del poder de la herencia; ó el alma apostólica nacida de una sangre mucho más noble aún, la sangre de Jesucristo!—Y vos, señor Senador, Presidente del Congreso, que habeis fundado estos congresos y los dirigís hace doce años con tanto celo y perseverancia, que habeis abierto el camino á éste, con la claridad de vuestra magnífica palabra y le presidís tan dignamente.

Pues, señores, esto sucede después de tres siglos de renacimiento del antiguo naturalismo pagano, de dos siglos de asaltos contra la Iglesia depositaria de la revelación, de un siglo de absolutismo real, de medio siglo de sofismas ruidosos y de sensual orgía.

El arte, la filosofía, la ciencia habían roto con la Fé. El turno le había llegado á la política. El reinado de Cristo, que, sin preservar de caída á los individuos, mantenía, por decirlo así, en estado de gracia social á los pueblos bautizados, cedía su puesto á la corriente de la grande apostacía. El hombre, enloquecido por independencia, entreveía en sus sueños una nueva edad de oro. En el fondo de su corazón vivía un sentimiento indeleble de justicia y de fraternidad.

Entonces fué cuando el espíritu tentador disfrazado de ángel de luz, y sirviéndose del bien para obrar el mal, dejó deslizar en el oído y en el alma humana la antigua y siempre nueva fascinación de la criatura: —"Vé! marcha á la felicidad y á la gloria por tus solas fuerzas naturales! Ese es tu derecho."

Con la levadura de la palabra satánica, fermentaron confusamente nobles sueños y generosos deseos, con gérmenes emponzoñados de orgullo y de envidia. Un día, de esa tumultuosa efervescencia salió la famosa declaración de los *derechos del hombre*, libro sagrado de la Revolución.

Yo abro ese libro, y, pues me habeis impuesto la difícil tarea de dar un resumen de él, me limito á una cuestión: ¿cuáles son los principios y sus consecuencias?

Esa es la marcha de este discurso, ella no tocará sinó á la cumbre de las cosas.

Excusad pues de antemano su aridez; las flores no crecen sobre las rocas.

I.

El primer principio que llama la atención en los

Derechos del hombre es la supresión total, y por lo mismo la negación implícita, de la base de toda sociedad: la Religión.

Ni una sola palabra del Dios revelador, ni del Dios redentor, ni de la Iglesia fundada por Él.

Bajo los auspicios del Ser Supremo, dice el preámbulo. Para conjurar las desgracias públicas y la corrupción de los gobiernos, este prodigio de la locura del siglo, osa edificar un mundo separándose de la piedra angular del mundo, y renegando del Verbo Encarnado de aquél Ser Supremo, de quien afirma la existencia.

Ciertamente, no es ese un olvido. Porque en el tiempo en que la Declaración de los derechos del hombre se deliberaba, Jesucristo llenaba y vivificaba la esfera moral de la humanidad, como el sol ilumina y vivifica el globo. Así como el cristiano traza con firmeza sobre su frente el signo de la cruz que resume y glorifica sus creencias, los ritos solemnes llevan grabados en su primera línea estas soberbias palabras, leyenda eterna del signo consagrado: *En el nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo; un solo Dios.*—¿Un olvido? Era imposible diez y ocho siglos después de la Era cristiana, cuando la Iglesia, esposa del Hombre-Dios, ha librado el alma humana de las infamias del paganismo, para conducirla á las más altas cimas de la grandeza moral?; cuando ha libertado á la mujer y al niño, abolido la esclavitud, realzado toda autoridad y toda obediencia, cuando ha inaugurado la fraternidad por la oración universal al Padre Celestial?; cuando la Iglesia ha hecho descender á la tierra el ave divina de la caridad, para abrigar con sus alas á los que sufren, á los pobres y á los pequeños?; cuando todo desorden y toda mancha no son sino una infidelidad á las leyes del Evangelio enseñado por ella al universo, y cuando la simple práctica del Decálogo, de que ella es depositaria, sería el advenimiento de la soñada edad de oro?... No! ese silencio insultante no es el olvido: es el destierro!

Voltaire pasó treinta años lanzado contra el Cristo la blasfemia que mi boca rehúsa repetir; Rousseau, atacando todos los cultos, ha proclamado la bondad nativa y la independencia de la naturaleza; y la pluma de la Constituyente ha sido manejada por discípulos de esos dos apóstatas. El destierro de Cristo del preámbulo á la Declaración de los *Derechos del hombre*, es pues la apostasía; ésta á su turno, es nada menos que la ruptura con todo el orden sobrenatural; la sublevación contra el mismo Dios, porque Él ha hecho del orden sobrenatural, la unidad soberana y el coronamiento de su plan criador.

¡Sí! dígas lo que dijeres, hagas lo que hicieres, y quien quiera que tú seas, hombre, hijo del hombre, tú eres también hijo de Dios. Tú no puedes abdicar el cargo y el honor de este augusto origen; el infinito, que te turba y por el cual tú has nacido, se revela en tí hasta en la voracidad insaciable de tus más viles pasiones. Pero es á lo alto adonde él te convida. La apoteosis inmortal, la apoteosis de la humanidad en el Cristo, Dios y hombre juntamente, rey legítimo, rey soberano, rey único de todos los mundos, ó, por mejor decir, de un mundo único en que todo se encadena y se liga bajo su universal realeza: tal es el fin último á donde todo debe tender. Tal es el orden inmutable y eterno.

Desde luego, Señores, como todas las piedras de un edificio se refieren á su objeto final, todas las instituciones sociales, todos los órganos vitales de un pueblo, tanto como las energías individuales, deben entrar en el plan divino. Todo lo que lo rompe es culpable y funesto.

Hé aquí por qué los diversos poderes religioso, do-

méstico y civil; la autoridad como la obediencia, la asociación humana como la persona privada, todo, en el orden natural, está subordinado al fin último y al orden sobrenatural. Por tanto, cuando una sociedad de hombres bautizados se reúne en asamblea solemne para organizar el orden público, fuera de y contra esta ley eterna, como continúan la gran rebeldía de los espíritus rebeldes, ellos ultrajan al Ser Supremo, cuyo nombre proclaman colocando esta revuelta bajo sus auspicio.

Y como todo crimen social respecto á Dios lleva en sí su castigo; como el espíritu del mal, el stigador de la rebelión, es también el padre de la tentación, esta orgullosa proclamación de los derechos del hombre, convertida en una vasta impostura, radicalmente el primero derecho del hombre: el de tender á su fin sin torcas, hallando en la sociedad que le rodea un auxiliar para alcanzarlo. La violación de ese derecho primordial de las conciencias libres es pues un doble atentado de lesa humanidad, tanto como de lesa divinidad.

Vosotros lo veis, ese doble atentado está todo entero, en potencia, en el verbo del 89, cuando él inaugura un mundo apartado del Cristo, es decir, contra el Cristo.

Hé aquí, Señores, la laicización madre de todas las otras. Las que se han ejecutado en el curso de este siglo ó que se preparan aún, se desprenden con una lógica inflexible de la *Declaración de los derechos del hombre*; hecos los que de ello se admiran!

Se ha secularizado el Estado, declarando que él no puede tener religión; la ley civil, rehusando á la Iglesia el derecho de poseer; la ley penal, borrando del código el ultraje á la moral religiosa; el ejército, suprimiendo el capellán militar y la bendición de las banderas; la justicia, arrojando del pretorio la imagen de Cristo y el juramento en nombre de Dios; la escuela, proscribiendo á Dios de su programa público.

Se ha secularizado la muerte, imponiendo el ateísmo á la agonía del pobre en los hospitales, arrancando la cruz de los cementerios y ultrajando el sol de la Francia con el escándalo de funerales nacionales franceses, sin el Cristo que ha hecho la Francia.

¿Qué digo yo? Se ha secularizado al sol mismo, rehusando su luz, en nuestras grandes ciudades, á las manifestaciones del culto católico; se ha secularizado el tiempo, ese sembrador de la eternidad, derogando la ley del Domingo, que consagra sobre él el dominio del Eterno.

La indignación de la Francia cristiana y aún simplemente honrada, más de una vez ha estallado. Ella ha tenido razón, porque los derechos del buen sentido son imprescriptibles contra la lógica de un principio maléfico. Ella ha errado también en no repudiar, con las consecuencias, el principio que las engendra. El verdadero culpable es la *Declaración de los derechos del hombre*, y el verdadero objeto, es la secularización de las almas.

Es ese reinado de las almas el que se arrebató á Dios, bajo el manto de la separación total del orden temporal. Las almas aspiran, en la sociedad así secularizada, el laicismo por todas partes, no encontrando ya en las instituciones ni el recuerdo ni el respeto de los destinos inmortales, volviendo á caer por sí mismas en las profundidades de la naturaleza decaída, y desertando en fin de la más alta de todas las patrias, aquella que se ensancha siempre y no declina jamás. Si nuestros campos resisten á ese régimen, porque todo el peso no cae sobre ellos, hé aquí un signo espantoso que yo entrego á vuestras meditaciones. En París, la ciudad-luz, la que se llama capital del espíritu humano, pero ciertamente la capital de

lleve á otra parte, es preciso que en el combate que se nos propone, corramos todos armados y preparados con un mismo corazón y con las armas de Aquel que, cuando se le proponía el placer, tomó la cruz. (Hebreos, XII I, 2).

Desde luego es preciso ver y considerar cuán poco conforme está la profesión de cristiano con el deseo hoy tan frecuente de placeres de todo género, con el horror de los trabajos que acompañan á la virtud, con el deseo de todo lo que puede adular y halagar á los sentidos. *Los que son de Cristo, han crucificado su carne con los vicios y las concupiscencias.* (Epístola á los Gálatas, V, 26). De modo que los tales no son de Jesucristo, porque no se ejercitan ni se habitan á sufrir, despreciando las voluptuosidades y placeres. Gracias á la bondad infinita, el hombre revive en la esperanza de los bienes inmortales, de los que se había apartado; pero no puede alcanzarlos sino procurando seguir las huellas de Jesucristo, y por la meditación de sus ejemplos, conformando con ellos su corazón y sus hábitos. Por esto, no de consejo, sino de precepto para todos, y no solamente para los que han abrazado un género de vida más perfecto, *es llevar en su cuerpo la mortificación de Jesucristo.* (Carta II á los Corintios, IV, 10).

¿Cómo, si de otra manera fuese, podría subsistir la ley misma de la naturaleza, que ordena al hombre que sea virtuoso? En efecto: el pecado original se borra por el bautismo; pero las malas raíces que ha echado el pecado no se borran. Esta parte del hombre, que es irracional, ó, en otros términos, el apetito sensitivo, aunque no puede perjudicar á quien le combate valientemente con la gracia de Jesucristo, sin embargo, disputa el imperio á la razón, turba la paz y la tranquilidad del corazón y arrastra tiránicamente con tanta fuerza á la voluntad lejos de la virtud, que en una lucha diaria no podemos huir del vicio ni cumplir nuestros deberes. El santo Concilio piensa y enseña que en los bautizados queda la concupiscencia, la cual, habiendo sido dejada para la lucha, no puede perjudicar á los que no consienten, sino al contrario, combaten valientemente por la gracia de Jesucristo; de suerte, que quien haya combatido, será coronado. [Concilio Tridentino, sesión VI, canon 5.]

En esta lucha hay un grado de fuerza al que no llega mas que una virtud excelente, y tal es la de los que, combatiendo los movimientos contrarios á la razón, han hecho tantos progresos, que parecen que llevan en la tierra una vida celestial. Que hayan pocos que alcancen tan alta perfección, es cosa cierta; pero no hay quien, según los preceptos mismos de la filosofía antigua, no deba refrenar sus propias pasiones, y, sobre todo, deben hacer esto, y con tanto mas cuidado, aquellos que por el uso diario de las cosas mortales están expuestos á mas excitaciones; á menos que se encuentre alguno que piense locamente que la vigilancia debe ser menor donde mayor es el peligro, ó que el enfermo tiene menos necesidad de remedios.

En cuanto á la fatiga que se sufre en esta lucha, está muy recompensada con la adquisición de los bienes celestiales é inmortales, y otras ventajas importantes, de las cuales es la primera que, despues de arreglados los apetitos del hombre, se devuelve mucho á la naturaleza de su dignidad primitiva. El hombre, en efecto, ha sido creado bajo esta ley y con esta regla, de que el espíritu mande al cuerpo, que los apetitos sean gobernados por el espíritu y por la voluntad, lo que hace que la libertad mas noble y mas deseable es la de no entregarse á las pasiones como soberanas.

Además, sin esta disposición del espíritu, no se ve

que pueda esperarse bien del hombre social.

¿Podrá estar dispuesto á hacer bien, el que esté acostumbrado á decidir por amor propio lo que debe hacer ó evitar? No puede ser magnánimo, bienhechor, misericordioso, continente, quien no haya aprendido á vencerse y á despreciar todas las cosas humanas por amor á la verdad.

No dejaremos en silencio, cómo por divino consejo determinado, que no se puede devolver la salud al hombre sino mediante fatiga y dolor. Y ciertamente, si Dios concedió al hombre la redención de la culpa y el perdón de los pecados, lo hizo bajo la ley de que el Unigénito sufriese las justas penas debidas á El. Y así, aunque Jesucristo pudo satisfacer por otros medios á la justicia divina, quiso, sin embargo, padecer grandes tormentos, derramar su sangre y sufrir muerte de Cruz. Y á sus discípulos y fieles les impuso la siguiente ley, sellada con su sangre, que la vida de ellos fuese una perpetua batalla contra las costumbres corrompidas de los tiempos. ¿Qué cosa sino el ánimo obediente á la ley, sin temor, fué lo que hizo invictos á los Apóstoles en la enseñanza de la verdad al mundo, y fortaleció á innumerables mártires, para dar un testimonio cruento de la fe cristiana?

Por la misma via marcharon cuantos han guardado en su corazón el espíritu de la vida cristiana, y han procurado, con la práctica de la virtud, su propio bien; y por la misma debemos también caminar nosotros, si queremos conseguir el bien de cada uno y el bien común de todos. Por tanto, en medio de la dominante procacidad libidinosa, es necesario que cada cual se defienda virilmente de las excitaciones de la lujuria, y dada la insolente ostentación que suele hacerse de una vida agitada y opulenta, hay que proteger el ánimo contra las fascinaciones del lujo y de la riqueza, no sea que el alma vaya á perder un tesoro inmarcesible en el cielo por anhelar cosas que nunca sacian y que son fugaces, y que se llaman bienes. Finalmente: deplorable es que las opiniones y los ejemplos perniciosos hayan tenido tanta fuerza para afeminar los ánimos, que á muchos hombres ya casi avergüenzan el nombre y la vida de cristianos; lo cual significa, ó una corrupción profunda, ó una grandísima cobardía. Ambas cosas son tan detestables, que no puede acontecer al hombre un mal peor. ¿Qué resto de bien queda á los hombres, y qué esperanza pueden abrigar, si dejan de gloriarse con el nombre de Jesucristo, y si rehusan practicar en la vida su ley constantemente y á la luz del dia? Se lamenta con frecuencia que este siglo es estéril en hombres de carácter. Vuélvase á las costumbres cristianas, y los caracteres recobrarán la seriedad y la firmeza.

Pero ante tal extensión y variedad de deberes, la virtud humana sola es impotente. Del mismo modo que el pan de cada dia para el alimento del cuerpo, es necesario pedir á Dios las fuerzas y el vigor de que el alma tiene necesidad para confirmarse en la virtud. Esta condición común y ley de la vida, de la cual hemos dicho que consiste en cierto modo en un combate perpetuo, tiene por corolario la necesidad de orar á Dios. Como ha dicho con plena verdad y con toda elegancia San Agustín, la oración franquea los espacios del mundo y del cielo, atrae sobre nosotros la divina misericordia contra los movimientos furiosos de las pasiones y contra las emboscadas de los espíritus malos, y á fin de que no seamos engañados, estamos advertidos de pedir los auxilios celestiales por este oráculo divino: "*Rogad, á fin de no caer en la tentación.*" Y cuánto mas necesario es esto, si queremos trabajar también en beneficio de otro. ¡Lo que nos ha ordenado con sus palabras Nuestro Señor Je-

sucristo, Hijo único de Dios, fuente de toda gracia y virtud, lo ha demostrado El mismo el primero con el ejemplo: pasaba la noche orando á Dios: próximo á consumir su sacrificio, oraba largo tiempo.

Ciertamente que la fragilidad de la naturaleza humana será menos de temer, y las costumbres serán menos muelles y lánguidas, si ese divino precepto estuviese menos abandonado por incuria y casi por hastío. A causa de ser Dios exorable, quiere hacer bien á los hombres, habiendo prometido que otorgaría ampliamente sus dones, y en abundancia, á quienes se los pidiesen. Aun mas: Él mismo invita á pedir. Él casi provoca la oración por medio de sus mas amables palabras: "*Yo os digo pedid, y se os dará; buscad, y encontrareis; llamad, y se os abrirá.*" Y á fin de que no nos retraigamos de hacerlo en confianza y familiarmente, atempera la magestad de su poder con la semblanza é imagen de un padre ternísimo, á quien nada es más querido que el amor de sus hijos. "Sí, pues, vosotros, que sois malos, sabeis conceder bienes á vuestros hijos, ¿con cuánta mayor razón no se los concederá á los que se lo piden vuestro Padre, que está en los cielos?"

Si se reflexiona, no sorprenderá mucho que la eficacia de las oraciones humanas parezca tan grande á San Juan Crisóstomo, que éste piensa que se la puede comparar al poder mismo de Dios. En efecto: del mismo modo que Dios ha creado el universo con su palabra, así el hombre obtiene orando, lo que quiere. Nada es mas eficaz que las buenas oraciones, porque hay en ellas así como ciertas razones, por las cuales Dios se deja fácilmente tocar y apaciguar.— Porque mientras que oramos, tenemos nuestro pensamiento abstraído de las cosas percederas, y atentó únicamente al pensamiento de Dios, nos penetramos del conocimiento de la enfermedad humana, lo cual hace que reposemos en la bondad y ternura de nuestro Padre, y que nos refugiemos en el poder del Creador.

Nosotros nos presentamos ante el Autor de todos los bienes, como si quisiéramos poner á su vista nuestro espíritu enfermo, nuestras fuerzas debilitadas, nuestra desnudez; y llenos de esperanzas, imploramos la protección y la ayuda de Aquel, que es el único que puede remediar nuestras enfermedades y consolar nuestra miseria. Con semejante actitud de un espíritu que se juzga, según conviene, modesto y humilde, Dios se inclina maravillosamente á la clemencia, pues si Él resiste á los soberbios, concede, sin embargo, su gracia á los humildes. Que tengan, pues, todos el santo hábito de orar; que el espíritu, que el corazón, que la palabra, se consagren á la oración, y que al mismo tiempo la conducta de la vida se halle conforme con la oración, á fin de que, por la observancia de las leyes divinas, nuestra vida parezca una perpetua ascensión hacia Dios.

Del mismo modo que las demás virtudes, ésta de que Nos hablamos se origina y sustenta en la fé divina, pues es Dios quien nos hace comprender cuáles son para el hombre los bienes verdaderos, y cuáles deben ser pedidos únicamente para ellos mismos. Es Él, además, quien nos da á conocer la infinita bondad de Dios y los méritos de Jesús Redentor. Pero recíprocamente, nada es mas propio que el piadoso hábito de la oración para nutrir y acrecentar la fé, y todo hace ver cuán grande es en nuestro tiempo la necesidad de esta virtud, debilitada entre la mayor parte, extinguida entre muchos. De ese hábito, en efecto, es preciso esperar, no solamente la reforma de las costumbres privadas, sino tambien la regla para juzgar las cosas, cuyo conflicto no deja á los Estados en reposo y seguridad.

Si el pueblo está atormentado por la sed de una

libertad inmoderada; si por todas partes los proletarios se esparcen con amenazas perturbadoras, y si hay peligros del mismo género, nada seguramente podrá detenerlos más y mejor, según en otra ocasión hemos dicho ampliamente, como la fé cristiana.

Es el momento de fijar Nuestros pensamientos y Nuestras palabras hácia vosotros todos, á quienes Dios, confiriéndoos su divino poder, os ha elegido por auxiliares para el fin de dispensar sus misterios. Si se investigan las causas del bien público, como del bien privado, no es dudoso que la vida y las costumbres del clero valen mucho para lo uno y para lo otro. Que recuerden, pues, los sacerdotes que han sido llamados por Jesucristo *luz del mundo* y que "es preciso que el alma del sacerdote resplandezca al igual de una luz esplendorosa en el mundo entero." (Juan Crisóstomo *Desag.*, 1, 3, C. 1.) Se pide al sacerdote la luz de la doctrina, y que ésta no sea vulgar, porque él tiene por misión de imbuir á los demás la sabiduría, de destruir los errores, de guiar al pueblo por los caminos difíciles é inciertos de la vida.

Pero la doctrina debe tener, desde luego, por compañera á la inocencia de la vida, sobre todo, por aquello de que el ejemplo hace mas que la palabra en la conversión de los hombres. "*Que vuestra luz luzca ante los hombres, á fin de que ellos vean que vuestras obras son buenas.*" (Mat., V. II.)

El sentido de esta divina máxima es, que es preciso en los sacerdotes una virtud tan perfecta y tan completa, que puedan ofrecerse como un espejo á los ojos de quien los mira.

No hay nada que enseñe mejor á los demás de un modo asiduo la piedad y el culto de Dios, que la vida y el ejemplo de los que se han consagrado al divino ministerio; porque como se les ve colocados en un lugar que se eleva por cima de las cosas del siglo, los demás fijan la vista en ellos como en un espejo, toman de ellos lo que hay que imitar. (Concil. Trid. Sess. XXIII, cap. I. *De Relig.*)

Por esta razón, si es preciso que todos los hombres estén vigilantes en guardarse de no estrellarse contra los escollos del vicio y de no proseguir con demasado ardor las cosas caducas, manifiesto es que los sacerdotes deben hacerlo con mayor fe y firmeza. No es bastante que los sacerdotes no se sacrifiquen á las pasiones; la santidad y la dignidad de su estado exigen que se acostumbren á dirigirse á sí mismos severamente, y que hagan concurrir al servicio de Jesucristo todas las fuerzas de su espíritu, particularmente la inteligencia y la voluntad, que son las facultades primordiales del ser humano.

"*Qui relinquere universa disponis, te quoque inter relinquenda connumerare memento; imo maxime et principaliter, abnega temetipsun.*" (Bernardo, cap. I.) Una vez desatados sus corazones y libres de toda pasión, entonces, finalmente, concebirán un generoso celo por la salud de los demás, sin el cual nunca podrán proveer bastante á la suya propia.

Respecto de los que se les someten, sólo pedirán un solo beneficio, un solo placer: y es el de ver cómo podrán guiar á su pueblo á la perfección. Que trabajen á este fin utilizando todos los medios, aunque sea á costa de grandes aflicciones de espíritu y de cuerpo, á costa de trabajo y fatiga, á costa de hambre, de sed, de frío y de desnudez. (*S. Bernard., Lib. IV, De Consid., c. II.*) Esta virtud, siempre vigilante y que no retrocede ante dificultad ninguna por amor al prójimo, se nutre y fortalece con la frecuente contemplación de los bienes celestiales. Cuanto mas se den á esta contemplación, con mayor claridad comprenderán la grandeza de las funciones sacerdotales, su excelencia y santidad. Comprenderán también

qué cosa tan desdichada es que tantos hombres, no obstante haber sido rescatados por Jesucristo, se precipiten en la muerte eterna; y por la meditación acerca de la naturaleza divina, se dedicarán ellos mismos con mas ardor, y excitarán á los demas al amor de Dios.

Tal es el camino mas seguro para alcanzar la salvación común. Pero es necesario preservarse, ya de caer en temor ante la magnitud de las dificultades, ya de desesperar á causa de la larga duración del mal. La muy equitativa é inmutable justicia de Dios reserva recompensas á las buenas obras, y suplicios á los pecados. Pero las familias y las naciones, por cuanto no pueden prolongarse hasta mas allá del tiempo de la vida mortal, necesariamente tienen que recibir en la tierra el premio debido á sus obras.

No es cosa nueva ver á un Estado culpable favorecido por la prosperidad, y esto acontece por justa voluntad de Dios, que recompensa á veces, con este género de beneficios, las acciones laudables (porque no hay pueblo que no sea digno de elogio en alguna cosa), y esto es lo que dice San Agustín que aconteció al pueblo romano. Sin embargo es ley cierta, que importa grandemente á la prosperidad de un pueblo que la virtud sea públicamente honrada, y en particular la que es madre de todas ellas, la justicia. *La justicia eleva al pueblo, y el pecado hace desgraciados á los pueblos.* (Prov., XIV).

No nos paremos á considerar aquí los crímenes victoriosos, ni á investigar si hay imperios que, mientras ven prosperar sus negocios con propia satisfacción, abrigan en sus entrañas el germen de las miserias. Lo único que Nos queremos que se comprenda, y de que las historias están llenas de ejemplos, es que las injusticias serán castigadas algún dia, y tanto mas terriblemente, cuanto que los crímenes hayan durado mas largo tiempo. En cuanto á Nos, experimentamos gran consuelo en estas palabras del Apóstol San Pablo: *"Todas las cosas son vuestras; vosotros sois de Cristo, y Cristo es de Dios."* (I Cor., III, 22, 23).

Lo que quiere decir, que por arcana disposición de la Providencia Divina, el curso de las cosas mortales está dirigido y gobernado en forma que, cuanto se refiere á los hombres, todo está subordinado á la gloria de Dios y á conducir á los que, con verdad y de corazón siguen á Jesucristo, á puerto de salvación.

De éstos es madre y nodriza, guía y guarda la Iglesia, la que, con íntima é inmutable caridad, está unida á Cristo, su Esposo, y así asociada con El en las luchas, participa de sus victorias. No estamos inquietos, pues no podríamos estarlo, por la causa de la Iglesia; pero sí tememos por la salvación de muchísimos que, vueltas á la Iglesia soberbiamente las espaldas, cayendo en diversos errores, se precipitan en la eterna condenación; y nos angustiamos también por aquellos Estados que, con tristeza vemos alejados de Dios, dormirse con estúpida seguridad en el borde del precipicio. *Nihil Ecclesiae par est. . . . Quot Ecclesiam oppugnarunt, ipsique prierunt? Ecclesia vero coelos transcendat. Talis est Ecclesiae magnitudo: vincit impugnata, insidiis appetita superat. . . . luctatur nec prosternitur, pugilatu certat, nec vincitur.* No solamente no ha sido superada nunca, sino que conserva entera aquella virtud reformadora de la naturaleza, principio de salvación, y en todos los cambios de los tiempos inmutable, que perennemente alcanza y deriva de Dios. La cual, si ya por virtud divina, regeneró el mundo envejecido en los vicios y extraviado en las supersticiones, ¿por qué no ha de lograr hacerlo volver á la senda recta?

Callen una vez siquiera las sospechas y los odios, y quitados de en medio los obstáculos, sea en todas

partes señora de sus derechos la Iglesia, á la cual compete conservar y difundir los beneficios de la redención. Entonces se verá prácticamente hasta donde llega el poder de la luz del Evangelio, y lo que puede la virtud de Cristo Redentor.

En este año mismo, ya casi al terminar, se han visto, como al principio hemos dicho, no pocos indicios de que la fe vuelve á revivir en los corazones. Quiera Dios que esta casi chispa levante la llama que, destruidas las raíces del vicio, desembarace prontamente el camino á la veneración de las costumbres y á las obras saludables. Nos, elevado al gobierno de la mística nave de la Iglesia en tiempos tan borrascosos, dirigimos la mente y el corazón al Piloto divino, que está sentado invisible en la popa gobernando el timón.

Tú, ves, ¡oh, señor!, cómo de todas partes se desatan impetuosos vientos, y el mar se enfurece levantando altísimas olas. Tú, que todo lo puedes, manda á los vientos y al mar. Devuelve á la familia humana la verdadera paz que el mundo no puede darla, y la tranquilidad del orden. Vuelvan los hombres, merced á Tu gracia, y á tu impulso, al orden debido, restaurando en sus corazones la piedad hacia Dios, la justicia y la caridad hacia el prójimo, y la templanza hacia sí mismos, con pleno dominio de la razón sobre el apetito.

Venga el Tu reino, y aquellos que lejos de Tí se afanan vanamente en la investigación de la verdad y de la salvación, entiendan que es indispensable que se sometan á Tí y te sirvan. Es connatural en las leyes la justicia y una suavidad completamente paternal; y Tú mismo espontáneamente nos das, merced á tu gracia, la fuerza necesaria para observarlas.

Milicia es la vida del hombre sobre la tierra, y Tú mismo *certamen in spectas, et adiutas hominem ut vincat, et deficientem sublevas et vincentem coronas.*

Con el ánimo lleno de estas consideraciones, y levantado á segura y ardiente esperanza, Nos amorosamente os damos en el Señor, á vosotros, Venerables Hermanos, al clero y á todo el pueblo católico la Bendición Apostólica, prenda de celestiales dones, en testimonio de Nuestra benevolencia.

Dado en Roma cerca de San Pedro, el dia de la Natividad del Señor del año 1888, undécimo de Nuestro Pontificado.

LEÓN XIII, PAPA.

SECCION DE LO INTERIOR.

Visita Diocesana.—El Ilmo. Señor Obispo ha visitado, desde nuestra última crónica, las parroquias de La-Unión, de San Alejo, de Anamoros y de Santa Rosa, imponiéndose de todas sus necesidades y remediándolas en cuanto le es posible.

Sabemos que confió al señor Presbítero don Santiago Rendón la administración parroquial de San Miguel, la vicaría de la misma provincia y además la inspección general sobre todas las vicarías de Oriente. El señor Rendón debe visitarlas cada año, é informar al Gobierno Eclesiástico de todos sus asuntos religiosos. Para ayudarle en sus múltiples cargos, y para que pueda ausentarse de la ciudad cuando lo requieran los intereses de las otras parroquias, el Ilmo. Prelado ha nombrado coadjutores suyos á los señores Presbíteros don Santiago Orellana y don Manuel Argueta, á quien confirió el sacerdocio el 9 del corriente. Además nombró Sacristán Mayor de la parroquia de San Miguel al señor Minorista don Tito Melara, para que entienda en lo económico y material de la misma iglesia.

En La-Unión dió aprobación canónica á la Junta parroquial, que comenzó inmediatamente los tra-

bajos de construcción de la iglesia, suspendidos desde largo tiempo.

Las iglesias de San Alejo, de Anamorós y de Santa Rosa han sido favorecidas con disposiciones diocesanas que contribuirán mucho al digno servicio del culto y al mejoramiento de las costumbres.

Son muy satisfactorias la religiosidad y buenas disposiciones de los habitantes de dichos pueblos para todo lo espiritual. El Ilmo. Señor Obispo ha sido secundado por ellos, tanto para quitar abusos introducidos, cuanto para establecer y ordenar lo necesario para el aumento de la piedad.

Pero es muy doloroso el estado de miseria y la falta absoluta de lo necesario para el culto, en que se encuentran algunas poblaciones de Oriente. Las iglesias en ruina, desprovistas de ornamentos, de vasos sagrados, de imágenes, &c. Sabemos que el Ilmo. Señor Pérez lleva gastados mas de 1000 pesos, de los fondos de la Mitra, en socorrer esas necesidades y en proveer, siquiera de lo mas indispensable, aquellas iglesias.

Los que, ignorando talvez las fuertes erogaciones que la Mitra debe hacer en las necesidades de toda la Diócesis, censuran con tanta acrimonia y con suposiciones tan injuriosas el pequeño impuesto de las confirmaciones, establecido en las otras diócesis de Centro-América y aun entre nosotros en varios tiempos, conocerán que sin esos fondos, el Obispo en las visitas diocesanas, se limitaría á conocer y lamentar las necesidades de las parroquias, sin poder remediarlas ó contribuir en algo á su remedio.

Función religiosa.—Este dia se celebra en la santa iglesia Catedral con gran solemnidad, el XXXI aniversario de la admirable aparición de la Santísima Virgen á una humilde aldeana de Lourdes, y de haber brotado la célebre fuente cuyas aguas producen diariamente curaciones tan asombrosas.

Este acontecimiento está acompañado de tales circunstancias, que solo puede ser negado ó depreciado por la ignorancia arrogante que, incapaz de conocer y menos de aplicar las leyes de la lógica, lo niega todo y se burla de todo.

Verificado ese hecho maravilloso en el corazón mismo de la culta Francia, en una época de discusión y de análisis, frente á frente de los adversarios mas instruidos del Catolicismo, ha sido objeto de los mas profundos estudios, de los mas minuciosos análisis, de las mas desconfiadas precauciones. A la gruta de Lourdes han llegado sucesivamente la Química, para descomponer el agua de la fuente y estudiar sus elementos; la Medicina, para cerciorarse de la naturaleza de las enfermedades y comparar el estado de los enfermos antes de la curación con el estado en que se encuentran despues. Las Ciencias Naturales han estudiado todas las cualidades físicas de aquellos lugares, en busca de causas naturales á qué atribuir los efectos diarios operados en ellos. La incredulidad, ávida de encontrar armas para censurar la fe; el protestantismo, que asecha todos los actos del catolicismo; la política, que desconfía siempre de sinceridad del clero, tambien se han dado cita en el Santuario de Lourdes para ver lo que allí pasa, para estudiar, analizar y denunciar lo que allí descubran opuesto á la verdad y al bien. Pero medicina, química, ciencias naturales, incredulidad, protestantismo y política, muy lejos de encontrar las supercherías que buscaban, y ante la evidencia de curaciones públicas, innegables, certificadas; en presencia de conversiones asombrosas; á vista de peregrinaciones numerosísimas de todas las naciones de Europa, de Asia, de África, de América, han tenido ó bien que dar brillantes testimonios de lo maravilloso y sobrenatural de aquellos hechos, ó

bien que regresar silenciosas y confundidos ante curaciones, cuya realidad no pueden negar y cuya explicación natural no pueden encontrar.

Pero negar, despreciar y burlarse de los acontecimientos diarios de Lourdes es privilegio exclusivo de esa ignorancia arrogante que, sin estudio, sin conocimiento, sin examen de nada, lo trae todo al supremo tribunal de su tontera, para pronunciar sus ridículas sentencias y decisiones. En esto se cumple el aforismo del filósofo que dijo: "El talento inquiere, la ciencia estudia, la razón duda, la ignorancia resuelve."

Pero sea de todo lo que se quiera; lo cierto es que el dia de hoy la piedad católica, ante el aniversario de aquellas apariciones benéficas de la Madre de Dios, entona un himno de gratitud y de alabanza, de amor y de veneración, que resonando en todas las naciones del mundo, se eleva al cielo la expresión del amor filial del catolicismo á la Santísima Virgen, de quien recibió al Hijo de Dios hecho hombre y con Él todos los beneficios de la Redención.

Misa nueva.—El dia de hoy, en la celebración del XXXI aniversario de las apariciones de Lourdes que tiene lugar en la santa iglesia Catedral, el nuevo sacerdote, señor Presbítero don Manuel de Jesús Lemus, ofrecerá por primera vez el santo sacrificio de la Misa.

Despues de una carrera sembrada de trabajos y de penas, y despues de pasar por esas pruebas dolorosas con que la Divina Providencia suele acrisolar las almas llamadas con vocación especial al sagrado ministerio, el señor Lemus logró un lugar en el Seminario donde hizo sus estudios, y finalmente recibir los sagrados órdenes hasta el presbiterado, que le fué conferido en San Miguel á principios de este mes.

Al inaugurar con el santo sacrificio su sagrado ministerio, que lleva en sí tantas responsabilidades interiores, tantos sacrificios propios, tantas dificultades exteriores, tantas contradicciones opuestas por la época presente, tantos peligros y tantas ingraticudes, el nuevo sacerdote busca con muy justa razón á la Santísima Virgen de Lourdes, para ponerse bajo su protección en la nueva senda que va á recorrer.

Porque, en efecto, esa Virgen depositaria y reparadora de los beneficios de la redención, tiene en sí toda la luz, toda la caridad, toda la fortaleza, toda la gracia que el sacerdote necesita para su ministerio; y de su corazón maternal, como de fuente inagotable, las hace derivar á los sacerdotes que en ella confían y á ella se consagran.

Felicitemos al señor Presbítero Lemus, por su exaltación á dignidad mas sublime que hay en la tierra; por la inauguración de su sacerdocio con el sacrificio mas divino que conocen los siglos, y por su firme esperanza en la Protectora mas benéfica, que guia y defiende al sacerdocio católico en su laboriosa carrera.

"La Obra de la propagación de la fé."

El Presbítero don Matilde Bonilla, cura de Arcatao y uno de los sacerdotes mas exactos en el cumplimiento de sus deberes parroquiales, ha tenido grande empeño en instruir á sus feligreses en la importante "Obra de la Propagación de la fé," y en interesarlos en favor de nuestros prójimos privados aún de la luz del Evangelio.

La fe es el don mas precioso de Dios al hombre, puesto que con ella le suministra el conocimiento de las verdades sublimes, y la fuerza necesaria para practicar las obras de su salvación. Si la razón, que proporciona al hombre el conocimiento de las cosas puramente naturales, es considerada con verdad como la cualidad mas excelente de su naturaleza; cuánto mas excelente es el don de la fé, que, elevándole so-

bre todo lo natural, lo relaciona con lo divino, sobrenatural y eterno? La desgracia del hombre ó del pueblo privado de la fe es la mayor desgracia; y por consiguiente, los esfuerzos dirigidos á proporcionársela, son la mayor y mas meritoria obra de caridad.

Por esto la "Obra de la propagación de la fe, por medio de las misiones católicas entre los países infieles, se ha extendido tan rápidamente por todas las diócesis de la Iglesia y encuentra un eco tan fuerte en los corazones generosos.

El señor Cura de Arcatao ha practicado una obra eminentemente religiosa, sacerdotal y civilizadora, instruyendo á sus feligreses en la excelencia de la fe, en la desgracia de carecer de ella, y el deber sagrado de todos los cristianos de procurar su difusión en todos los hombres. Su palabra sacerdotal, como semilla sembrada en tierra fértil, ha producido en los católicos de Arcatao los bellos frutos de la oración y de la limosna en favor de la "Obra de la propagación de la fe"; porque correspondiendo con caridad al llamamiento del Pastor, han dado sus pequeñas limosnas, que juntas forman la cantidad de \$24 73/4 rs. enviado á la Tesorería de la Obra para ser remitidos al Centro General de las Misiones extranjeras, que está en Lyon de Francia.

Establecida la Obra en esta diócesis por el Ilmo. señor Obispo, y abiertos los registros por el señor Canónigo Tesorero, Director de ella en San Salvador, los señores Párrocos que conforme a lo dispuesto por el Prelado, la hayan ordenado en sus respectivas parroquias, pueden enviar á dicho Director los informes correspondientes y las colectas hechas.

Ojalá los caritativos esfuerzos de los salvadoreños y sus generosas contribuciones en favor de la conversión de los infieles á la fe católica, merezcan de Dios el inestimable premio, de que esa misma fe se conserve siempre pura en nuestra patria.

SECCION DE LO EXTERIOR.

NOTICIAS RELIGIOSAS.

LEY DE ORO.—Por decisión del Gobierno brasileño, será remitido al Padre Santo un ejemplar magníficamente encuadernado de la ley de abolición de la esclavitud, llamada *ley de oro*, como debido homenaje de aquella nación. Una comisión especial lo llevará á Roma, y presentará á Su Santidad al propio tiempo la mas sentida expresión de gratitud, por el insigne honor concedido á la Princesa Regente con el donativo de la Rosa de Oro.

EL COMERCIO DE ESCLAVOS.—Un vapor italiano se apoderó en el Mar Rojo de una barca, que conducía quince niños y treinta niñas de la tribu de los Gallas, que habian sido hechos esclavos mientras se hallaban recogiendo leña cerca de su aduar y habian sido vendidos á negociantes musulmanes. El General Gené entregó á las hijas de San Vicente de Paul aquellos pobres esclavos, hoy libres y católicos; y que al terminar su educación, serán llevados y entregados á sus respectivas familias. Si los nuevos cristianos demuestran á sus padres y parientes las ventajas de la civilización sobre la barbarie, de la fe cristiana sobre las supersticiones de los Gallas, serán los mejores misioneros propagadores de la fe y convertirán á muchos de los suyos.

ANUNCIO CURIOSO.—Hace pocos dias ha publicado un periódico de Lóndres el anuncio siguiente:

"Tengo seis años, soy juiciosa, y sin embargo, mis padres me maltratan y no me dan de comer. No pudiendo sufrir mas este martirio, ruego á los buenos que me adopten."

Una nota de la redacción manifestaba, que una in-

ña, miserablemente vestida habia llegado á la oficina, portadora del anuncio transcrito, hecho por ella misma, y suplicando con lágrimas en los ojos que se sirvieran insertarlo.

Dato notable y que conforta el corazón: al dia siguiente, 700 peticiones habian sido dirigidas al periódico.

Todos se disputaban la niña, que, por último, fué adoptada por Lady Garmont, dama de honor de la reina de Victoria.

En todas partes hay corazones nobles y generosos!

—El dia 31 de Diciembre se celebró la clausura del jubileo sacerdotal de Su Santidad León XIII. La Basílica de San Pedro, donde se efectuaba la ceremonia, ofrecía brillantísimo aspecto, recordando la solemnidad y grandeza de la Misa del Papa en 1º de Enero del año último. Mas de cincuenta mil fieles ocupaban las naves de la Basílica; todo el cuerpo diplomático y la nobleza romana ocupaban las tribunas. Al entrar Su Santidad en el templo, llevado en la silla gestatoria, precedido y seguido de los Cardenales, la corte pontificia y el cabildo de San Pedro, una inmensa aclamación, que se prolongó por muchos minutos, le acompañó hasta el altar papal, desde el cual, despues del Rosario y el *Te Deum*, dió el Padre Santo la Bendición del Santísimo. La salud del Papa es excelente, y no hubo un solo asistente que no oyera devotamente su voz al vibrar el *Te Deum* y las palabras de la Bendición. Al retirarse se reprodujeron las aclamaciones, que resonaron al abrirse las puertas de la Basílica en la plaza misma de San Pedro, y ante la fuerza militar allí acampada por orden de Crispi.

—Mr. Lucas Rivigton, aquel ministro anglicano cuya conversión al catolicismo, obrada recientemente, llenó de verdadero estupor á sus antiguos correligionarios, acaba de publicar un opúsculo en que señala las razones que tuvo para volver á la religión de sus antepasados. En él examina y analiza las prácticas y opiniones de sus antiguos amigos y compañeros, los jefes de la secta protestante.

—El 8 de Noviembre último se verificó una ceremonia que rara vez se hizo en Inglaterra desde la época de la reforma. En aquel dia, se dió posesión de la abadía Benedictina de Bergolt á la nueva abadesa, María Gertrudis Lescher, á la que el obispo de Northampton, rodeado de gran número de PP. Benedictinos, entregó el anillo y báculo, insignias de su dignidad. La comunidad dicha se fundó en Bruselas por una hija del conde de Northumberland, emigrada de su país á causa de las persecuciones religiosas. Arrojadadas de Bélgica por la revolución, volvieron las Benedictinas á Inglaterra, donde se goza de paz religiosa despues de tres siglos de persecuciones; y allí, con sus tradiciones y recuerdos, hoy como antes, bajo el tosco sayal, se cobijan los mas respetables apellidos de católicos ingleses. La abadesa actual es la décimo-octava en sucesión directa desde la fundadora, lady Joanna Berkeley.

—El Padre Santo continúa haciendo regalos á varias catedrales, en memoria de su Jubileo sacerdotal. A la de Vercelli ha destinado un lindo y artístico cáliz, que le regaló la archicofradía del Sagrado Corazón de Jesús en Roma, en su nombre y en el de todas las cofradías italianas. A la de Agnani ha enviado una casulla española, un cáliz, una custodia y varios ornamentos, que han de ser distribuidos á las iglesias pobres de la diócesis. A la catedral de Milán ha enviado una mitra y una estola, bordadas de oro y adornadas con millares de perlas, regalo del Patriarca de Siria. Tambien Su Santidad se propone enviar varios regalos á diferentes catedrales y templos de España.

—Sigue en Europa á la orden del dia la llamada *Cuestión romana*. Los periódicos de Holanda publican la invitación á los católicos de Neerlandia para que asistan al Congreso de Utrecht, con el fin de protestar contra la situación en que el Gobierno italiano ha colocado á la Santa Sede. Entre los firmantes de este documento figuran los nombres del general Reuthen, ministro que fué de Guerra; Luyben, ex-ministro y secretario de Estado; El conde Marchaut, dignatario en la corte; cuatro senadores, diez diputados y muchos miembros de los consejos provinciales y municipales. En el Parlamento de Austria se pronunció un notable discurso por el diputado Zallinger, encaminado á demostrar que la *Cuestión romana* exige una pronta solución, afirmando que Italia no tendrá paz mientras no se restituya al Papa lo que por derecho le corresponde. En Gante, gran número de católicos de Bélgica, con asistencia de los obispos de Lieja, Gante y de Tournai, firmaron tambien una proposición, declarando que deploran la situación en que se encuentra el Romano Pontífice, y hacen votos porque se restituya al Papa la independencia territorial de que fué privado por los gobernantes de Italia.

—Dan cuenta los periódicos de Londres del arribo á dicha capital de una campana monstruosa, con destino á la catedral de San Pedro. Esta fenomenal lengua metálica pesa 77 toneladas, ó sean, 1,540 quintales, es decir, 38,500 arrobas, y ha sido fundida en Longalarough, condado de Leicester. Desde allí ha sido conducida á Lóndres, mas de 40 leguas, sobre una gran cureña de madera arrastrada por una locomotora, sin que haya ocurrido otro accidente de alguna entidad que el haberse hundido las ruedas tan profundamente en unas tierras mojadas, que hubo que emplear tres dias para desenterrarlas y limpiarlas. Esta maravillosa campana es de cobre y estaño, y su eco se oirá perfectamente á 20 leguas de distancia. Su objeto principal es el de dar las horas repetidas, para sobreponerse al estruendoso bullicio de aquella inmensa capital; pero ademas anunciará la muerte de la familia Real, del obispo de Lóndres, el deán de la catedral y del lord Corregidor.

—En la actualidad hay sesenta Cardenales: treinta y tres italianos, nueve austriacos y alemanes, seis franceses, cinco ingleses, cuatro españoles, dos portugueses y uno americano. El Cardenal de mas edad es Mons. Newmann, que nació en 1801; hay otros seis octogenarios en el Sacro Colegio.

SECCION DE VARIEDADES.

Los médicos y los milagros de Lourdes.

Si es cierto que el mayor enemigo de cada ciudadano es el de sus propio oficio, como reza el proverbio, tambien debe serlo que la gente mas interesada en dudar de los milagros es la benemérita clase facultativa, la cual suele sonreír en oyendo hablar de novenas y de velas encendidas, por lo que semejantes recursos ponen en tela de juicio su competencia y su saber.

Y, sin embargo, médicos son y tienen que ser los que dan fe en la averiguación de los verdaderos milagros. Y de médicos se compone la *oficina de averiguación* de milagros, que constantemente funciona en la Gruta de Lourdes.

En ella se hace una información sobre cada milagro, con todas las formalidades deseables y por hombres competentes. El doctor de Saint-Maclou procede al estudio de los hechos, y lejos de buscar el misterio y huir el examen, invita amable y tenazmente á sus colegas á que le ayuden; así ha formado una clínica interesantísima.

En la última romería de Agosto, veíanse á su lado estudiantes de medicina de París y de Nancy, y varios médicos notables de provincias. A la sazón habia en Lourdes cerca de mil enfermos llegados de todos los puntos de Francia, cada uno de los cuales era portador del certificado del correspondiente facultativo, atestiguando el estado de la enfermedad, duración y tratamiento seguido.

Con semejantes datos, y designando á cada enfermo con su número respectivo, es fácil estudiar, inquirir y comparar. Cuando, por ejemplo, se trata de una anquilosis ó una llaga, se averigua la causa, naturaleza y mejoría en las funciones del miembro; se procura por medio de un estilete abrir los trayectos fistulosos cerrados y llegar hasta los focos, hasta los huesos cariados.

Concluido el examen, los médicos se dan muy bien de proclamar la curación como el vulgo saben que allá no tienen mas que los primeros datos del problema, y que los demas estan por averiguar. Una vez vuelto el enfermo á su pueblo, debe hacer certificar por su propio médico la mejoría ó cambios ocurridos en su padecimiento, y remitir el certificado á Lourdes, donde lo reunen á su expediente. Pasan tres meses, seis meses; nuevo examen, nuevos certificados legalizados. Entonces queda concluido el procedimiento, pero el médico de Lourdes no añade tampoco ninguna consecuencia á esta información.

Otros médicos, que no conocen ni á los enfermos ni á los informantes, se encargarán de consignar lo que arroje el expediente.

Frecuentemente los mas incrédulos, sin esperar el resultado de la información, tienen que rendirse á la evidencia, y mas de un caso pudiéramos citar en que el médico se ha convertido, abierto los ojos á la fe y muerto cristianamente, despues de uno de estos milagros.

Siéndonos imposible referir en pocas líneas los muy notables que últimamente han llamado la atención, narraremos brevemente el mas conspicuo de todos, el de la aguja.

Siete años há que una joven, llamada Celestina Dubois, se introdujo una aguja en la mano. No habiéndosele podido sacar, la mano se le puso hinchada y dolorosa, rígidos los dedos, contraídos los tendones, sensibles los nervios. Varias tentativas inútiles habian hecho los médicos para extraerle aquel cuerpo extraño, y al partir la enferma de París, declararon que esta se hallaba en el hueco de la mano. Con la presión se conocia el sitio, y por una reciente incisión, veíase confirmado el hecho.

Apenas introdujo la enferma su mano en la piscina de Lourdes, sintió pesadez seguida de violento dolor. Una amiga que la acompañaba le mantuvo la mano en el agua, y ¡cuál no fué su estupefacción, al ver que los dedos hasta entonces cerrados se abren, y que sacada la mano del agua, la aguja empieza á salir por la extremidad del dedo pulgar!

En pocos minutos, la aguja habia recorrido sola *seis centímetros* de camino. No hubo mas que agarrarla de la punta y sacarla sin dificultad. La mano ha quedado completamente curada, sin dolores ni inflamación, y funciona como si jamas hubiera dejado de maniobrar. Los médicos *inquiridores* de milagros confiesan que este es uno de los mas asombrosos.

Y cuenta que el *Journal de Lourdes* refiere hasta once, todos ellos examinados, contrastados y calificados de notabilísimos por el escrupuloso sistema que acabamos de bosquejar.

Copiado.